



unánimes

Estudios bíblicos

P: Carta a los Efesios

15.- Padres, hijos, esclavos y
amos



unánimes

Estudios Bíblicos

P.15.- Padres, hijos, esclavos y amos

1. El texto

Efesios 6:1-9

Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. «Honra a tu padre y a tu madre» —que es el primer mandamiento con promesa—, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra.

Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.

Esclavos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios. Servid de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno haga, ese recibirá del Señor, sea siervo o sea libre.

Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas.

2. Introducción

Si la fe cristiana hizo mucho por las mujeres, como ya hemos visto, aún hizo más por los niños. La civilización romana contemporánea de Pablo incluía algunos aspectos que les hacían la vida muy peligrosa a los niños.

Existía la “patria potestas” romana, el poder del padre. Bajo la “patria potestas”, un padre romano tenía un poder absoluto sobre su familia. Podía venderlos como esclavos, hacerlos trabajar en sus tierras hasta con cadenas, podía castigarlos como quisiera e incluso condenarlos a muerte. Además, el poder del padre romano se extendía durante toda la vida mientras el padre viviera. Un hijo romano no alcanzaba nunca la mayoría de edad. Aunque fuera un hombre adulto, aunque fuera un magistrado de la ciudad, aunque el estado le hubiera coronado de bien merecidos favores, permanecía bajo el poder absoluto de su padre.

«El gran error, escribe Becker, consistía en que el padre romano consideraba el poder que la naturaleza impone a los mayores de guiar y proteger a un niño como si incluyera la libertad de este, juntamente con su vida y muerte y a lo largo de toda su existencia.» Es verdad que el poder del padre rara vez se ejercía hasta estos límites, porque la opinión pública no lo habría permitido, pero sigue siendo verdad que en tiempos de Pablo un hijo era propiedad absoluta de su padre y estaba sometido totalmente a su poder.

También existía la costumbre de abandonar a los bebés. Cuando nacía un niño, se le colocaba a los pies de su padre y si el padre se inclinaba y le recogía, eso quería decir que le reconocía y quería quedárselo. Si se daba la vuelta y se marchaba, quería decir que se negaba a reconocerle y el niño se podía tirar, literalmente.

Se conserva una carta, fechada el año 1 a.C. de un hombre que se llamaba Hilario a Aris su mujer. Había ido a Alejandría y le escribía a su mujer acerca de cuestiones domésticas: “Hilario a su mujer Aris: Saludos muy cordiales, también para mis queridos Bero y Apolario: Sabe que continuamos hasta ahora en Alejandría. No te preocupes si me quedo aquí cuando todos los demás vuelvan. Te pido y te ruego que tengas cuidado del niño y, tan pronto como recibamos nuestra paga, te la mandaré. Si tienes suerte y lo que nace es un niño, que viva; si es niña, tírala. Le dijiste a Afrodiasias que me dijera: No te olvides de mí. ¿Cómo me voy a olvidar de ti? Por tanto, te pido que no te preocupes”.

Es una carta extraña, llena de afecto y sin embargo, tan despiadada para con la criatura que había de nacer. Un bebé romano siempre corría peligro de ser repudiado y abandonado.

En los tiempos de Pablo ese riesgo era aún más pronunciado. Ya hemos visto en el estudio anterior, cómo se había deteriorado el vínculo matrimonial y que los hombres y las mujeres cambiaban de cónyuge con una rapidez alucinante. En tales circunstancias, un hijo era una desgracia. Tan pocos niños nacían que el gobierno romano llegó a promulgar una ley que decía que la herencia que pudiera recibir una pareja sin hijos era limitada. Los hijos no deseados se dejaban por lo corriente en el foro romano. Se los podía quedar el que los quisiera recoger y criar para venderlos después como esclavos o dedicarlos a la prostitución.

Adicionalmente la civilización antigua era despiadada con los niños enfermos o deformes. Séneca escribe: «Matamos a un toro acorneador; ahorcamos a un perro rabioso; le aplicamos el cuchillo a las reses enfermas para salvar la manada; a los niños que nacen débiles o deformes los ahogamos.» Un niño que presentara síntomas de debilidad y malformación tenía pocas posibilidades de sobrevivir.

Los consejos de Pablo a los padres y a los hijos se situaban en ese trasfondo. Si se nos preguntara alguna vez qué es lo que ha hecho el cristianismo por el mundo no tendríamos más que señalar el cambio efectuado en la condición de las mujeres y de los niños. Con eso sería suficiente.

En relación con los esclavos cristianos, cuando Pablo les escribía, lo hacía a numerosos destinatarios. Se ha calculado que había 60,000,000 esclavos en el imperio romano. En los días de Pablo, una terrible especie de pereza se cernía sobre los ciudadanos de Roma. Roma era el ama del mundo y por tanto estaba por debajo de la dignidad de un romano el tra-

bajar. Casi todos los trabajos los hacían los esclavos. Hasta los médicos y los maestros, los amigos más íntimos de los emperadores, los secretarios que estaban a cargo de su correspondencia y sus finanzas eran esclavos.

A menudo había lazos de profundo aprecio y afecto entre amo y esclavo. Plinio escribe a un amigo diciéndole que estaba profundamente afectado porque algunos de sus bien amados esclavos habían muerto. Tiene dos consuelos, aunque no son suficientes para aliviar su dolor: «Siempre he estado dispuesto a conceder la libertad a mis esclavos (porque su muerte no parece totalmente intempestiva cuando han vivido lo suficiente para recibir la libertad); el otro consuelo es que les he permitido hacer una especie de testamento, que yo cumplo tan a rajatabla como si fuera legal.» Así hablaba un amo amable.

Pero básicamente la vida del esclavo era hosca y terrible. Ante la ley no era una persona, sino una cosa. Aristóteles establece que no puede haber nunca verdadera amistad entre amo y esclavo, porque no tienen nada en común, «porque un esclavo es una herramienta viva, de la misma manera que una herramienta es un esclavo inanimado.» Varrón, escribiendo sobre agricultura, divide los instrumentos en tres clases: los articulados, los inarticulados y los mudos. Los articulados comprenden a los esclavos; los inarticulados, al ganado y los mudos, los vehículos y las herramientas. El esclavo no es mejor que una bestia por el hecho de poder hablar. Catón aconseja a uno que se va a hacer cargo de una granja que pase revista y se descarte de todo lo que ya no sirva. Que se deshaga también de los esclavos viejos dejándolos morir de hambre en el montón de basura. Cuando algún esclavo se ponga enfermo, es un derroche absurdo mantenerle sus raciones normales.

La ley era absolutamente clara. El abogado romano Gayo, en sus Instituciones, establece: “Queremos advertir que se acepta universalmente el hecho de que el amo tiene poder de vida y muerte sobre el esclavo”. Si el esclavo intentaba escaparse, en el mejor de los casos se le marcaba en la frente con un hierro candente una F de “fugitivus” y en el peor se le mataba.

Lo terrible de la condición del esclavo era que estaba totalmente a merced de los caprichos de su amo. Augusto crucificó a un esclavo porque mató su perdiz amaestrada. Vedio Polión arrojó a un esclavo vivo a las feroces lampreas (pez abominable y desagradable) de su estanque porque se le había caído y roto una copa de cristal.

Juvenal cuenta que una matrona romana mandó matar a un esclavo simplemente porque se enfureció con él. A las protestas de su marido, respondió: «¿Es que consideras persona a un esclavo? ¿Dices que no ha hecho nada malo? Bien; pues lo mando porque me da la gana: mi voluntad es razón suficiente.» A las esclavas que estaban al servicio de sus señoras a menudo estas les arrancaban el pelo a tirones y les arañaban las mejillas con sus uñas.

Juvenal habla de un amo “al que le encanta el sonido de los azotes cruelmente administrados, considerándolo más dulce que el canto de las sirenas”, o “que alucina al escuchar el tintineo de las cadenas”, o “que llama al torturador a marcar con hierro candente a los esclavos porque dice que le faltan dos toallas”. Un escritor latino establece: “Lo que quiera que un amo le haga a un esclavo inmerecidamente, por ira, voluntariamente, involuntariamente, por despiste, después de cuidadosa investigación, a sabiendas, o por desconocimiento es juicio, justicia y ley”.

Es sobre ese terrible trasfondo como se ha de leer el consejo de Pablo a los amos y a los esclavos.

3. Los hijos

Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo.

El apóstol presupone que entre aquellos que estarán escuchando la lectura de esta epístola en las varias congregaciones habrá niños también. Están incluidos en el pacto de Dios y Jesús les amaba. Si Pablo estuviese con nosotros hoy día se horrorizaría ante el espectáculo ofrecido por algunas iglesias en donde los niños asisten a la Escuela Dominical y luego abandonan el templo justo antes de comenzar el servicio de adoración. Él tiene un mensaje dirigido directa y específicamente a los niños. Se implica claramente que también los sermones de hoy día deben ser tales que aun los niños puedan entenderlos y obtener provecho y goce de ellos, al menos en cierto grado, según su edad, etc., y en ciertas ocasiones el pastor debe enfocar su atención directa y especialmente a ellos.

Lo que Pablo dice a los niños es que deben obedecer a sus padres. Esta obediencia, además, debe fluir no sólo del sentimiento de amor, gratitud y estimación por los padres, aunque estas motivaciones son de gran importancia, sino también y especialmente por reverencia al Señor Jesucristo. Pablo dice que debe ser una obediencia en el Señor y añade, *porque esto es justo*. La actitud correcta del hijo al obedecer a sus padres debe ser por tanto la siguiente: Yo debo obedecer a mis padres porque el Señor me lo pide. ¡Lo que Él dice es justo por la sencilla razón de que lo dice Él! Es Él quien determina lo que es justo y lo que no lo es. Es por esto que, cuando obedezco a mis padres, estoy obedeciendo y agradando a mi Señor. Cuando les desobedezco estoy desobedeciendo y desagradándole a Él. Es verdad que cuando Dios, o si se prefiere Cristo, da esta orden está exhibiendo su sabiduría y amor. Por obra de Dios estos hijos deben su existencia a sus padres. Los padres, además, tienen más edad, más experiencia, saben más y por regla general son más sabios. Por otro lado, dadas condiciones normales, nadie ama a estos hijos más tiernamente que sus padres. Y aun después que la relación entre padres e hijos ha sido reemplazada (en cierto sentido) por el lazo más íntimo esposo-esposa, los padres, si aún viven, continúan amándoles no menos que antes.

El énfasis de Pablo en el hecho de que tal obediencia es justa, se fortalece con una referencia a un divino mandamiento expreso:

4. El mandamiento

«Honra a tu padre y a tu madre» —que es el primer mandamiento con promesa—, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra.

El apóstol muestra su excelencia en cuanto a pedagogía, porque como aun hoy día los diez mandamientos se hallan entre aquellas porciones bíblicas que los niños memorizan en su más tierna edad, así—y probablemente aun más—lo era también en Israel. ¿Y acaso no podemos creer que aun los hijos de las familias cristianas primitivas gentiles se les enseñase muy pronto el Decálogo, de modo que se acentuase su sentido de culpa y la necesidad urgente que tenían del Salvador y su gratitud hacia Dios por la salvación recibida pudiese hallar una expresión adecuada mediante una conducta consagrada?

La cita aquí es de Éxodo 20:12 y Deuteronomio 5:16. Honrar al padre y a la madre significa más que obedecerles, sobre todo si se interpreta esta obediencia en el sentido meramente externo. Es la actitud interna del hijo hacia sus padres la que se busca en el requerimiento de honrarles. Toda obediencia egoísta, o de mal agrado, o bajo terror, debe ser descartada en el acto. Honrar implica amar, estimar altamente y mostrar un espíritu de respeto y consideración. Este honor debe ser hacia ambos padres, puesto que en lo que al hijo se refiere son iguales en autoridad.

Así que Pablo, después de haberse dirigido a los hijos, se torna ahora a los padres, y especialmente a los jefes de hogar, aunque con aplicación también a las madres.

5. Instrucción a los padres

Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.

Obsérvese cuán justas son las exhortaciones. El deber de las esposas no se enfatiza a expensas del de los maridos, ni el de los esclavos descuidando el de los amos. Así también aquí: la amonestación dirigida a los padres sigue muy de cerca a la dirigida a los hijos. El pasaje paralelo en la carta escrita por Pablo a los colosenses, tiene: “Padres, no exasperéis a vuestros hijos”, significando: “No los amarguéis o irritéis”. Existe muy poca diferencia esencial entre esto y “no provoquéis a ira a vuestros hijos”.

Algunas formas en que los padres pueden llegar a ser culpables de este error al criar a sus hijos son las siguientes:

5.1. Por exceso de protección

Los padres y también las madres, tienen tanto temor que a los hijitos les pueda suceder algo, que los encierran con cerca a todos lados: “No hagas esto y no hagas lo otro. No vayas a este lugar, no vayas al otro”, hasta que este proceso de mimar llega al punto donde casi podemos oírles decir a su vástago, “No intentes entrar en el agua hasta que hayas aprendido a nadar”. ¡Pero deben nadar!

Por supuesto que los hijos deben recibir advertencia con relación a grandes peligros. Por otro lado, cierta cantidad de riesgo es necesaria para su desarrollo moral y espiritual. Si el pajarito permanece en la seguridad de su nido jamás aprenderá a volar. Además, la actitud sobreprotectora tiende a privar a los niños de confianza y a infundir en ellos el airado estado de ánimo, especialmente cuando se comparan a sí mismos con otros niños que no reciben este tratamiento especial.

5.2. Por favoritismo

Isaac prefirió a Esaú antes que a Jacob. Rebeca prefirió a Jacob. Los tristes resultados de tal parcialidad son bien conocidos.

5.3. Por desaliento

He aquí un ejemplo tomado de la vida diaria: “Papá, estudiaré con dedicación y seré médico”, o tal vez abogado, profesor, mecánico, ministro, o qué sé yo”. La respuesta del padre fue: “Más vale que lo olvides. Tal cosa nunca sucederá”.

5.4. Por el irrespeto a la persona

Por no reconocer el hecho de que el hijo está creciendo y por tanto tiene derecho a ideas propias y que no es necesario que sea una copia exacta de su padre para tener éxito en la vida.

5.5. Por descuido

En el conflicto que se produjo entre David y su hijo Absalón, ¿fue el error solamente de Absalón? ¿Acaso no fue también David, en parte, culpable por descuidar a su hijo? El excesivo cuidado así como el poco, son ambos perjudiciales para los hijos.

5.6. Por medio de ásperas palabras y crueldad física directa

Nos hallamos frente a un padre que le gusta hacer gala de su autoridad y fuerza superior. Reta a sus hijos y les inflige duros castigos físicos y esto ha llegado a ser un hábito en él. Los registros de los juzgados están llenos de casos de increíble crueldad hacia niños, niñas y aun bebés.

Pablo pone lo positivo frente a lo negativo al continuar: *sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor*. Los padres deben proveer el alimento a sus hijos, no sólo el material sino también el espiritual y el mental. Deben nutrirlos, criarlos tiernamente. “Que sean apreciados tiernamente” dice Calvino. Por otro lado, esto no excluye la firmeza. La “disciplina”, puede ser descrita como educación mediante reglas y normas, recompensas y si es necesario, castigos. Se refiere especialmente a lo que se hace con un niño.

Amonestación es la acción formativa por medio de la palabra hablada, sea ella la enseñanza, de advertencia, o de aliento. Se refiere primariamente a lo que se dice al niño. Parecería que “amonestación” es una forma más suave que “disciplina”. Sin embargo, debe ser intensa, no sólo una débil observación.

Toda esta disciplina y amonestación debe ser “del Señor”. Tal ha de ser su calidad. Debe ser el equivalente de una disciplina cristiana y por tanto, en su sentido más amplio, ha de incluir indudablemente al dar al hijo un sincero ejemplo de vida y conducta cristianas. Toda la atmósfera en que esta disciplina se administra debe ser tal que el Señor pueda colocar sobre ella su sello de aprobación.

En relación a esto, no estaría bien pasar por alto el hecho de que según este pasaje ni el estado ni la sociedad en general ni aun la iglesia es primariamente responsable de formar a la juventud, aunque ellos tienen interés en ello y tienen un grado de responsabilidad al respecto. Pero bajo la economía de Dios el hijo pertenece antes que nada a los padres. Son ellos los que deben velar hasta donde les sea posible para que las instituciones que ejercen gran influencia sobre la educación de los niños sean definitivamente cristianas. El centro mismo de la disciplina cristiana es el siguiente: conducir el corazón del niño al corazón de su Salvador.

6. La esclavitud

Esclavos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo;

Pablo no aboga por la inmediata, completa emancipación de los esclavos. Tomaba la estructura social como la encontraba y por medios pacíficos se esforzaba para tornarla en lo opuesto. Su norma equivale a lo siguiente: Que el esclavo obedezca de todo corazón a su amo y que el amo sea amable hacia él. Así la mala voluntad, deshonestez y pereza del esclavo serán reemplazadas por un servicio voluntario, por la honradez y la laboriosidad; la crueldad y la brutalidad del amo, por la consideración y el amor.

La esclavitud debería ser abolida desde dentro y así la vieja sociedad sería reemplazada por una nueva, resultado de una gloriosa transformación. “Sed obedientes” es el mismo man-

damiento que se usó con referencia a los hijos anteriormente. Hallamos aliento en las palabras “*amos terrenales*”, puesto que implica: “Vosotros tenéis otro Amo, que vela sobre vosotros, es justo y misericordioso en todo su proceder y ante Él sois responsables tanto vosotros como vuestros amos terrenales”.

Prosigue: *con temor y temblor*. ¿Han de ser llenos de este espíritu a causa de su condición de esclavos? No, el “temor y temblor” conviene a todo aquel a quien el Señor le asigna una tarea, sin excluirse Pablo mismo. No significa que los esclavos deben aprobar los métodos tiránicos o que se han de morir de miedo frente a sus amos. Significa, realmente, que deben estar llenos de un espíritu solícito y consciente al reconocer la verdadera naturaleza de su deber, vale decir, conducirse con sus amos en forma tal que éstos, sean creyentes o no, puedan ver lo que la fe cristiana hace dentro de los corazones de los que la practican, sin excluir a los esclavos. Esto implica, por supuesto, que los esclavos reconozcan sus propias limitaciones y pidan al Señor que les haga aptos para lograr este alto propósito. Prosigue: *con sencillez de vuestro corazón*. Vale decir, dejando las apariencias, con integridad y rectitud. Esta obediencia debe ser prestada como a Cristo, es decir, con plena convicción de que lo hacen para su Amo celestial, el Señor Jesucristo. Por tanto,

7. La honestidad

...no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios.

La obediencia no debe ser simplemente para ser vistos por sus amos con propósito egoísta. No han de buscar el agradar a los hombres con el propósito final de buscar su propio provecho. El apóstol quiere decir, entonces: “Que tu servicio sea lleno de energía y entusiasmo como si fuese hecho para Cristo, puesto que realmente es hecho para Cristo. Es a Él quien ustedes pertenecen. Tomen entonces su trabajo y levántenlo a un plano superior. Hagan la voluntad de Dios de todo corazón, con todo entusiasmo. Y recuerden que no tienen nada de que avergonzarse. Su mismo Señor fue un siervo, el siervo de Jehová. Fue Él quien se ciñó una toalla y lavó los pies de sus discípulos. También fue Él quien dijo, ‘Porque el Hijo del hombre no vino para ser para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate por muchos’. Y fue Él quien:

Filipenses 2:6-8

Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

En espíritu las personas cesan de ser esclavos tan pronto como comienzan a trabajar para el Señor y ya no trabajan primariamente para el hombre. Más allá de su amo ven a su Amo

celestial. Valga esta ilustración: “Al preguntársele a un hombre que conducía ladrillos en su carretilla de mano, qué hacía, su contestación fue: estoy construyendo una catedral para el Señor.” Con esta convicción él ponía toda su alma en la obra. Pablo termina su admonición a los esclavos diciendo:

8. El servicio y la recompensa

Servid de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno haga, ese recibirá del Señor, sea siervo o sea libre.

En Dios no hay acepción de personas. Esto es declarado en forma muy enérgica, puesto que el apóstol dice literalmente, “*sabiendo que el bien que cada uno haga, ese recibirá del Señor, sea siervo o sea libre*”. Es la bondad intrínseca que se hace, la que se tendrá en cuenta en el día del juicio. Y tal bondad intrínseca no se determina por la posición social del que la hace, haya éste sido esclavo o amo. Es la naturaleza de la obra lo que determina la recompensa. Y en aquella “naturaleza” está incluida, por supuesto, la motivación. No solamente lo que alguien dijo o hizo es importante sino también, y especialmente, por qué lo dijo o lo hizo. ¿Prueban sus hechos si realmente fue sincero en lo que dijo? Claramente esto no quiere decir en modo alguno que por nuestras obras o “bondad” mereceremos nuestra salvación. Esa ya fue obtenida por Jesús en la cruz. Recibiremos recompensas celestiales cuando nos mostremos a Él y entonces nos diga: “Bien, buen siervo fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu Señor”.

Entre aquellos para quienes esta epístola fue escrita no había probablemente muchos “dueños de esclavos”. Pero a lo menos había algunos. En realidad, el mismo mensajero que llevó esta carta a su destino, entregó también otra, una dirigida a un “amo”, llamado Filemón. Esta iba por el mismo conducto cuando los colosenses también recibieron su epístola. Es necesario, entonces, dirigir algunas palabras también a los amos, pero como éstos eran relativamente pocos en número, y como ya parte de la exhortación que había sido dada a los esclavos estaba llena de significado implícito para los amos, la exhortación dirigida específicamente a estos últimos podía ser breve:

9. Los amos

Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas.

La cooperación es una calle de doble sentido. Debe ser mostrada por ambos grupos: amos y esclavos. Así que Pablo está realmente diciendo a los amos: “Promuevan el bienestar de sus esclavos del mismo modo que esperan que ellos promuevan el suyo. Muestren el mismo interés en ellos y sus asuntos como esperan que ellos lo muestren en ustedes y los asuntos suyos”. Prosigue: *dejando las amenazas*. En otras palabras, “Que su actitud sea

positiva, no negativa”. Por tanto no debe ser, “A menos que hagas esto, yo te ...”, sino más bien, “Puesto que eres bueno y fiel esclavo, te daré una generosa recompensa”. Ante la amenaza, el esclavo se hallaba indefenso. No tenía medios para defenderse, ni aun, comúnmente hablando, ante la ley. Pero como creyente, sí, tenía un verdadero Defensor: sabiendo que (el que es) el amo de ellos y de ustedes está en los cielos, y no hay parcialidad con Él.

10. Conclusión

Pablo les impone a los hijos que obedezcan y respeten a sus padres. Para Pablo, respetar no es solamente de labios para fuera. La verdadera manera de honrar a los padres es obedecerlos, honrarlos y no darles disgustos.

Pablo ve que existe la otra cara de la moneda. Les dice a los padres que no hagan rabiar a sus hijos. Pablo comprendía que los hijos deben honrar a sus padres, y que los padres no deben desanimar a los hijos.

Por otra parte, el consejo de Pablo a los esclavos nos ofrece el Evangelio del obrero cristiano. No les dice que se rebelen, les dice que sean cristianos donde y como estén. El gran mensaje del cristianismo a todas las personas es que es donde Dios nos ha colocado donde debemos vivir la vida cristiana. Las circunstancias puede que nos sean contrarias, pero eso solo hace mayor el desafío. El Evangelio no nos ofrece una evasión de las circunstancias, sino la posibilidad de conquistarlas.

Pablo tiene también algo que decirles a los amos. Deben recordar que ellos también están al servicio de Dios. Los amos también deben tener presente que Dios también ve todo lo que ellos hacen. Sobre todo, deben recordar que llegará el día en que tanto ellos como los que están a sus órdenes se tendrán que presentar ante el juicio de Dios. Todos los problemas laborales se resolverían si trabajadores y empresarios siguieran las instrucciones de Dios.

Hijos, padres, esclavos y amos, debemos vivir para Dios, obedecer a Dios y servir a Dios, cada uno en el rol que Dios mismo nos ha dado. De esta forma mostraremos al mundo la clase de Dios que tenemos y la clase de hijos que somos, todo por la gracia divina.